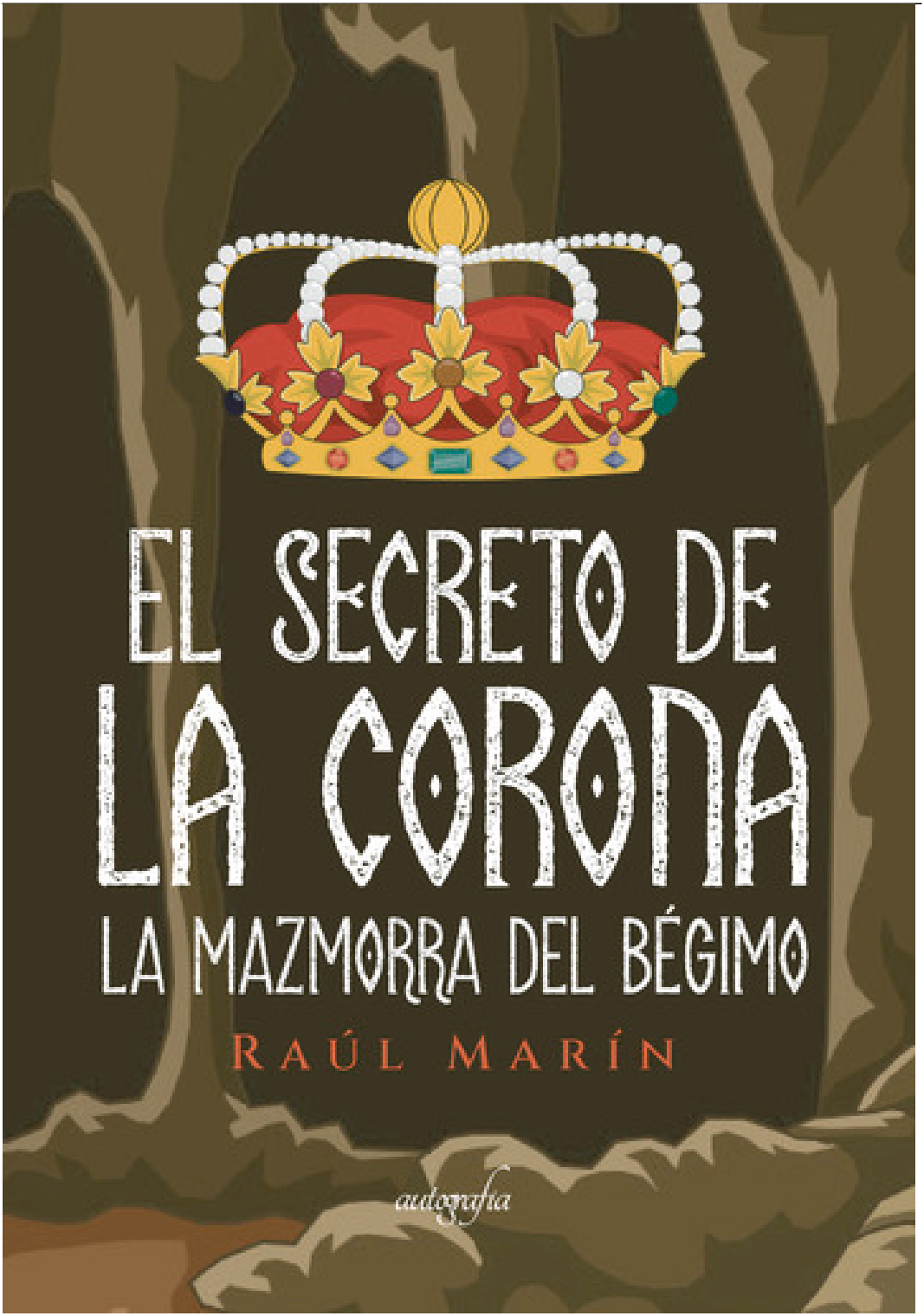
EL SECRETO DE
LA CORONA
LA MAZMORRA DEL BÉGIMO
RAÚL MARÍN
audiografía

OCÉA
NÓRD
OCÉANO
ATLÁNTICO
ZOLI
VELENHOF
SHANUZA
HÉRENDOR
AL'KAROTH
GANOR
ZARUNDIA
OCÉANO
SUREÑO

NORDIA
THALASSA
VENTURA
OCÉANO
SALVAJE
RAKUTA
MADAGH
BELGART
SIGULA
ASTRON'GHAR
N

1

LA ESCUELA DE MAGIA

Hérendor, a principios del año 1990, después de la aparición de los Dioses (dD).

Las Torres era un vistoso edificio amurallado de siete torres circulares: un llamativo torreón central y seis de dimensión menor que lo rodeaban. Construido completamente de piedra de granito, albergaba la más prestigiosa escuela de magos, lo que había convertido a Hérendor en la ciudad referente en la enseñanza de todo tipo de técnicas mágicas. Diferentes maestros de magia impartían clases allí y, mientras que estos y los directores tenían sus respectivas salas de reuniones en la torre principal, cada una de las torres secundarias equivalía a cada uno de los diferentes niveles de formación y disponía de dos aulas: una en el primer piso y otra en el segundo. Bajo el pórtico de la entrada principal del edificio, situada en un muro entre dos de las torres exteriores, había tres escalones y, frente a ella, se encontraba la escultura de piedra del gran hechicero Fembre —su fundador—, extendiendo su peculiar varita con una gran efe en su extremo superior, sosteniendo un libro de hechizos y mirando en la

dirección opuesta: hacia la Plaza Central, donde se colocaban decenas de mercaderes a diario.

Hérendor —habitada por Humanos adinerados, mayoritariamente— era una colonia de la vieja Thalassa —su capital— que se localizaba en el centro de una gran isla, al oeste del continente principal y cuya costa bañaban las aguas del Océano Atlántico, al oeste, y del Mar de Brujas, al este. Su majestuoso castillo era el símbolo más preciado de sus gentes: de piedra y estuco, con dos naves acabadas en cúpulas de color azul oscuro, innumerables torreones de diferentes tamaños acabados en forma cónica del mismo tono, balcones salientes con elegantes balaustradas, jardines inmensos y la bandera roja de la colonia, con una torre blanca con almenas en el centro, ondeando en lo alto de un mástil. Había sido construido en las inmediaciones del puerto hacía más de seiscientos años; cada vez que atracaba un barco de viajeros, estos debían rodearlo para acceder a la villa, donde se topaban con las residencias más lujosas del mundo. Sus hogares no eran la única muestra de ostentación de los residentes, pues sus excéntricas vestimentas y su forma de hablar les generaban una barrera social que les distanciaba del resto de la humanidad. En el sur de la isla, se encontraban las granjas y los campos de cultivo, donde las viviendas eran más humildes, y el norte se caracterizaba por su sistema montañoso, el cual dejaba atrás la zona segura y, al otro lado, numerosos peligros.

Históricamente, los magos nunca habían sido capaces de acumular riquezas, debido al continuo sacrificio que hacían a lo largo de toda su vida, teniendo que invertir demasiado tiempo en aprender e interiorizar diferentes hechizos; no obstante, en el año 1943 dD, el Rey Alberto hubo asignado una propiedad a Fembre como muestra de gratitud por sus extraordinarios servicios en diversas guerras, concediéndole el honor de ser el primer mago en instalarse en la urbe isleña. En el 1971 dD —a sus 63 años—, hubo desaparecido sin dejar rastro y sus dos hijos hubieron heredado todos sus bienes; Odín y Ozen se

hubieron convertido en los codirectores de Las Torres. El primero no tenía mujer ni hijos, no así el segundo, quien estaba casado y tenía un hijo llamado Oddo.

El aula del primer piso de la torre correspondiente al cuarto nivel de la escuela tenía forma semicilíndrica —igual que el resto—, una pared blanca, desgastada y sucia, y el techo alto: a unos quince pies del suelo. La pared semicircular estaba dotada de dos grandes ventanas hechas de cuernos de animales, reblandecidos y ensamblados, a través de las cuales entraba la luz; en ese mismo lado, estaba el escritorio de madera de nogal del maestro; la puerta, de acceso y salida, se encontraba en el centro de la pared recta y dejaba el rellano y las escaleras al otro lado, y el suelo estaba decorado con baldosas de cerámica blancas y negras. Detrás del escritorio, había un armario verde de madera vieja que guardaba materiales para uso de los alumnos y varias estanterías que exponían libros de historia, varitas antiguas y distintos artilugios mágicos; delante, estaban los treinta alumnos, distribuidos en seis pupitres alargados —tres filas de dos.

Frente a todos ellos, la anticuada maestra de Piedras de Contención Mágica estaba de pie, explicando las características de los Círculos de Fuego[1] con su voz aletargada y sin quitar el ojo a uno de sus alumnos, que estaba acomodado en el extremo izquierdo de la última hilera y que se había quedado dormido. Era *gordinflona* y bajita; de cabello rizado, rubio y canoso; su cara estaba llena de arrugas; vestía muy hortera, con una combinación de colores muy llamativos y un gorro blanco ladeado, y portaba una varita mágica común —corta, de madera y con adornos dorados— en su mano derecha y una piedra grisácea en la izquierda.

—Como su propio nombre indica, estas piedras adquieren su poder del fuego. Para su confección es necesaria una Piedra Natural[2] de

1. Piedras de contención mágica de ataque que producían una gran llama de fuego en el punto de impacto y un círculo de llamas menores alrededor.

2. Piedra de apariencia normal preparada para la contención de una magia.

al menos una onza de peso —explicó, alzando su mano izquierda—. *¡Expiri mei foc!* —pronunció. La piedra de apariencia normal se transformó; se volvió roja, con un triángulo negro, con una llama en cada uno de sus vértices—. Ahora, intentadlo vosotros —propuso.

Mientras los oyentes trataban de imitar el hechizo con sus propias piedras, la maestra caminó hacia aquel joven que estaba, literalmente, soñando con un beso de la Princesa Ashe.

—¡ODDO! —gritó, visiblemente molesta. Él despertó de un espasmo, desatando las risas de sus compañeros. Ozen escuchó el grito desde el habitáculo de los directores, en el torreón central, y dejó a un lado un novedoso proyecto de magias paralizantes sobre el que llevaba varios años trabajando para acudir a comprobar el motivo del alboroto.

—Discúlpeme, maestra. Me he quedado dormido —dijo el alumno, estirándose. Tenía una larga cabellera negra y lisa, ojos azules y labios carnosos; era delgado, en su justa medida; vestía una túnica marrón oscura, botas de cuero corrientes y los atuendos obligatorios del alumnado: sombrero de punta y capa de color granates.

—Ahora que ya estás despierto, ponte en pie —ordenó.

—Desde luego —respondió vacilante. Se puso en pie para colocarse detrás del banco de su pupitre.

—Veamos... ¿Qué sabes sobre los Círculos de Fuego? —preguntó, tratando de ridiculizarlo.

—Conozco de su existencia desde que tengo uso de razón y es muy probable que haya confeccionado más ejemplares que el resto de mis compañeros juntos —expuso, con cierta arrogancia. La maestra sabía que ese alumno era el hijo de uno de los directores y que poseía una mente superdotada para la magia, pero no se esperaba esa respuesta; asimiló que ponerlo a prueba no había sido una buena idea y trató de sermonearlo de otro modo.

—Está bien. Ya veo que mis lecciones te aburren, pero ¿podrías mostrar un mínimo de respeto por tus compañeros?

—Disculpe. No es nada personal. No debería estar aquí, pero mi padre me obliga a terminar todos los malditos niveles de Las Torres —explicó frustrado. La maestra entendió que la actitud de ese chico no tenía que ver con sus clases.

—Tu padre solo quiere lo mejor para ti. Todavía eres muy joven —opinó.

El alumno mostró su disconformidad con la opinión de la maestra pateando la pata trasera del banco. Luego, se dirigió hacia la puerta con intención de abandonar el aula.

—¡Detente, joven malcriado! —exclamó la maestra, que volvió a retomar su enfado inicial—. Todavía no has acabado con tu piedra. —añadió. El joven volvió sobre sus pasos con brusquedad, cogió su piedra y extendió su varita mágica: de madera y con una cobra verde esculpida que la enrollaba.

—*¡EXPIRI MEI FOC!* —farfulló. La piedra se convirtió en un Círculo de Fuego—. Yo creo que sí —dijo, fanfarroneando.

Avanzó de nuevo hasta la puerta, pero fue sorprendido por Ozen, que abrió desde el otro lado y entró.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, ignorando a su hijo y mirando a la maestra. El director era un tipo alto y robusto, muy diferente a la idea preconcebida sobre el aspecto de los magos; con cabello corto, descuidado y muy oscuro; rostro redondo, con ojos marrones y barba corta pero frondosa, y voz grave. Evitaba vestir túnicas, salvo que fuese estrictamente necesario, por lo que llevaba una camisa blanca y pantalones cerrados de piel. A pesar del encontronazo, el joven rebelde lo esquivó y salió corriendo del edificio.

El padre negó con su cabeza, desaprobando la actitud de su vástago, y se disculpó con la maestra por su mal comportamiento.

Cuando la jornada de clases de magia finalizó, el director se personó en casa, ansioso por una explicación de su hijo.

—¿Dónde está ese insensato? —preguntó a su mujer, sin ni siquiera haberla saludado. Ella no entendía la acometida de su esposo.

—Si te refieres a tu hijo, todavía no ha llegado.

—¿Cómo es posible? Hace más de dos horas que se escapó de Las Torres. —Se le aceleró el pulso y ella se contagió de su nerviosismo.

—Pensaba que vendría contigo. ¿Qué ha ocurrido? —preguntó inquieta.

—Nada. Esto es cosa mía. Lo encontraré... —aseguró, tratando de tranquilizar a su esposa. Después, salió de casa para buscar a su hijo.

Preguntó a todos los vecinos de la zona y a algunos de sus discípulos de la escuela, pero nadie tenía pistas sobre el paradero de Oddo. La única información valiosa la obtuvo en la Plaza Central; algunos comerciantes lo habían visto correr en dirección norte: hacia las montañas. Muchas eran las especulaciones sobre las criaturas que moraban al otro lado y muy pocos los individuos que se atrevían a cruzarlas.

Después de haber batido, sin éxito, las cercanías de esas montañas en varias ocasiones, Ozen se temía lo peor, así que fue a pedir ayuda a su hermano. En cuanto Odín supo de la posible desaparición de su sobrino, no quería perder ni un solo segundo; se armó de piedras mágicas *hasta las cejas* y acompañó a su pariente con la certeza de que, tratándose de ese intrépido muchacho, lo acabarían encontrando al otro lado de las montañas. Aunque era algo más bajo que su hermano, la apariencia era similar, pero con cabello y barba más arreglados y de un tono más castaño; su forma de vestir también era muy diferente, pues con una túnica era como más cómodo se encontraba.

Una vez que se adentraron en las montañas, el cielo ya estaba totalmente oscuro. Ambos se turnaban para vociferar el nombre del joven con la esperanza de que les contestase en algún momento y acabase esa pesadilla. A lo lejos, en una de las cumbres, observaron la luz de una hoguera y la silueta de una persona; corrieron hasta esa hoguera con la ilusión de que fuese él y, aunque ese individuo junto al fuego se encontrase de espaldas a ellos, pudieron distinguir, rápidamente,

los característicos atuendos de alumno de Las Torres: el sombrero, colgado de las finas ramas de un arbusto, y la capa, tirada en el suelo.

—¡HIJO! —gritó el padre, entre alivio y desesperación. Oddo reaccionó volviendo su cabeza hacia él y la alegría de este por haberlo encontrado se disipó pronto para convertirse en enojo.

El hermano menor sugirió al mayor que se marchase para poder disponer de un tiempo a solas con su hijo. Odín no dudó en abrazar a ambos, por separado, y musitar «Gracias a los Dioses» antes de abandonar el lugar. Padre e hijo se sentaron en piedras bajas a la luz de esa hoguera que, poco a poco, se iba desvaneciendo.

—Hijo, estoy acostumbrado a tus sandeces, pero hoy has ido demasiado lejos —sermoneó derrotado. Oddo mantenía su cabeza baja y su mirada en el suelo.

—Sé que estás molesto conmigo, pero no sabía adónde ir.

—Me tenías preocupadísimo. Solo los Dioses conocen las criaturas que te puedes encontrar bajo esta ladera —dijo disgustado.

—Solo quiero que me escuches —exigió. El padre se recompuso al ver la serenidad de su hijo e intentó canalizar su ira para atender la petición.

—De acuerdo, hijo. Tú dirás —accedió, resoplando.

—Imagino que no es nada fácil saber que tu hijo no desea seguir tus pasos, pero tú y yo somos muy diferentes. Esta isla me aburre y ya he aprendido todas las técnicas mágicas que enseñáis en la escuela, incluida la Explosión. Quiero largarme y vivir aventuras; lo necesito.

—Este es el lugar más seguro en el que puedes estar; junto a tu familia.

—¡No quiero vivir en tu burbuja! —exclamó, con rabia.

—Quizás, debería apoyarte como padre, pero dudo mucho que estés preparado para enfrentarte a los rincones más oscuros de Vethfam —opinó, tratando de hacerlo entrar en razón.

—Eso no lo sabrás hasta que lo intente. Es mi vida; me apetece conocer otros lugares y culturas —repuso muy decidido.

—Está bien, hijo mío. Hablaremos con tu madre al respecto... —dijo, dándose por vencido. Su hijo lo miró a los ojos por primera vez.

—Gracias —correspondió, sabiendo que esas no serían las últimas palabras de su padre.

—Solo habrá una condición. —Se levantó y le ofreció su mano para ayudarlo a incorporarse. Su hijo se incorporó, pero esperó, con tensión, a escuchar la exigencia de su progenitor—. Deberás superarme en los próximos Juegos de Hérendor.

—Pero ¡eso no es justo! —exclamó indignado, consciente de lo absurdo que era retar a su padre.

—Si no crees que tenga nada que enseñarte, no deberías tener ningún problema para batirme —aclaró, sabiendo que era imposible que lo hiciese. El joven sabía que estaba en un callejón sin salida—. Pero si no lo haces...

—¡Lo haré! —exclamó, interrumpiéndolo, pese a ser consciente de no tener ninguna posibilidad.

Ambos se fundieron en un cálido abrazo: el padre por necesidad y el hijo por condescendencia. Luego, iniciaron su camino de vuelta a casa.

2

EL NACIMIENTO

Velenhof, el 11 de abril del año 1976 dD.

Velenhof era una ciudad situada en el oeste del continente principal —la más próxima a la isla de Hérendor—, habitada por Humanos de clase media y baja. Originariamente, se había construido encima de una albufera, que, con el paso de los años, había terminado convirtiéndose en un gran pantano que invadía la parte urbanizada más occidental. El puerto quedaba al sur, en el Mar de Brujas. Las viviendas y edificios estaban asentados en pedazos de tierra firme; sus calles eran estrechas pasarelas suspendidas a unos diez pies de altura que comunicaban toda la ciudad por encima de los lodazales. Las casas —así como las pasarelas y el resto de los edificios— estaban construidas con estructuras de madera y paredes de piedra tallada. Las más pequeñas disponían de dos pisos: uno a la altura de las pasarelas y otro inferior, a la altura de la superficie. Otras, más grandes, disponían —además de esos dos pisos— de una o varias plantas por encima y solo unas pocas, de pequeños establos con cabida para dos o tres caballos.

Estaba lloviendo y, a pesar de que ya era de noche y de que la mayoría de los habitantes ya dormían, la luz de la chimenea se asomaba entre las rajaduras de los tablones encajados en las ventanas, a modo de persiana, de una vivienda «simple», ubicada en el número veinticuatro de la pasarela Hierro. En su interior, Donora rompió aguas y avisó, histérica, a su esposo. Grof no cabía dentro de sí mismo por la alegría; por fin iba a nacer su pequeño guerrero, un hijo al que poder bautizar con su nombre y al que enseñar todas las técnicas de combate que dominaba.

Él apartó la pesada mesa de madera que había frente a la chimenea y ella se acomodó en uno de los sillones viejos con tapicería de color verde oscuro de la sala de estar, cerca del fuego, a la espera de que llegase la comadrona; el calor iba a proporcionarle cierto alivio durante el proceso de dilatación. El esposo salió de la casa, soportó la lluvia y buscó, desesperadamente, un carruaje; durante el día eran muy abundantes, pero, por la noche, era más complicado encontrarlos. Tuvo la suerte de acabar cruzándose con un cochero nocturno y le entregó cincuenta monedas de bronce a cambio de que le prestase el servicio deseado: conducir sus dos caballos hasta el número diecisiete de la pasarela Plomo, despertar a la comadrona, informarle de la situación y regresar con ella en la mayor brevedad posible.

La embarazada empezó a relajarse cuando vio que la comadrona llegaba, aunque era consciente de que se avecinaba el momento más doloroso: el parto.

—Señora, respire hondo —dijo la partera, mientras se arremangaba.

El esposo no quería ser un mero espectador y se ofreció a ayudar, detalle que aprovechó la recién llegada para reclamarle algunos paños. Grof bajó por las escaleras y no tardó en volver con una pila de pedazos de tela, de diferentes tamaños y colores, entre sus manos. Los dejó junto a su esposa, en el lado derecho, y se colocó en el lado opuesto, sujetando su mano izquierda. La comadrona extendió

algunos de esos paños en el suelo, bajo la entrepierna de la madre primeriza, que se hallaba semitumbada.

—Ya queda poco, ¿me oye? —distrajo la partera, con mucha tranquilidad.

—Sí... Bien —contestó, entre una espiración y otra.

—No tiene que preocuparse. Estoy con usted y todo va a salir bien —aseguró muy convencida.

—Gracias. —Miró a su esposo, que sonreía.

—Ánimo, querida. Ya falta muy poco —dijo él, ilusionado.

—Tengo miedo, Grof. ¿Y si no es un niño? —preguntó preocupada.

—Seguro que lo será... —respondió confiado.

La comadrona interrumpió el diálogo, al considerar que la madre ya estaba lista; le pidió que contase hasta tres y que, luego, empujase con todas sus fuerzas. Donora respiró más hondo que nunca.

—Uno... —empezó a contar la partera.

—Dos... —continuaron ambas, al mismo tiempo.

—¡Y TRES! —exclamó la comadrona.

La madre empujó con todas sus fuerzas y la partera vio asomar la cabeza de un bebé, por lo que la animó a realizar un último esfuerzo. La asistida dio un arreón final y notó cómo su bebé era expulsado de su interior. La comadrona azotó levemente a la criatura, que desató sus primeros llantos y comenzó a respirar. Después de arropar al neonato con algunos de los paños que quedaban limpios, se lo entregó a su madre.

—¡Enhorabuena, mamá y papá! —felicitó, orgullosa de haber hecho un buen trabajo.

—Gracias... Muchas gracias por todo —agradeció Donora, sin poder contenerse algunas lágrimas de alegría.

Grof ignoró al bebé y soltó la mano de su amada con desprecio. La comadrona notó la tirantez de ese hombre y se limitó a limpiar todo el estropicio del parto en silencio. Cuando terminó de limpiar, el hombre le pagó sus honorarios y la invitó a marcharse de forma

descortés. La pareja se quedó a solas —salvo por el bebé— y mantuvieron una breve conversación.

—Lo siento, querido. —Las lágrimas de la madre, que no había dejado de llorar en ningún momento, ya eran más densas.

—La culpa es mía —dijo molesto. Se sentó en otro de los sillones, se quedó mirando un punto fijo del entablado y maldijo todo cuanto se le pasó por la cabeza mientras su esposa besaba la frente de su hija repetidas veces.

El hecho de que hubiese sido una niña supuso *un jarro de agua fría* para ese hombre, que no tardó en apagar el fuego de la chimenea y bajar al dormitorio para cambiarse de ropa y tumbarse sobre su colchón relleno de paja. Donora, por su parte, acomodó a su niña en la cuna mecedora de madera que tenían preparada desde hacía algunos meses en una de las esquinas del dormitorio, se quitó la ropa sucia que llevaba encima de la camisa interior y se reunió con su esposo en el colchón.

—Querido, dale una oportunidad. Tal vez, puedas convertirla en una valerosa luchadora —sugirió esperanzada.

—Sí... Tal vez... —respondió incrédulo. Se giró hacia el lado contrario con intención de coger el sueño.

Poco antes del amanecer, Donora se despertó a causa del llanto de su hija, que no se había inmutado en toda la noche. Ambas habían logrado descansar como se merecían después de un gran esfuerzo, pero a la madre aún le pesaba todo el cuerpo. Cuando se incorporó, se dio cuenta de que su esposo ya no estaba en la cama, así que requirió su presencia.

—¡QUERIDO! —gritó, pero no obtuvo respuesta—. ¡GROF! ¿¡ESTÁS AHÍ!? —insistió, con más intensidad, pero con idéntico resultado.

Desde la cama, podía ver la proyección del fuego de la chimenea en el hueco de las escaleras, por lo que llegó a la conclusión de que su esposo tenía que haberla encendido y de que, probablemente, se encontraría sentado frente a ella. Su hija, todavía sin nombre, seguía

llorando de forma descontrolada. Inquieta por la situación, Donora se levantó, se puso un pellote limpio por encima de la camisa, se calzó sus chinelas y cogió a su hija en brazos antes de subir la escalera. Cuando lo hizo, averiguó que había una hoja de papel, un tintero medio lleno y una pluma sobre la mesa pesada; sin embargo, no encontró a su esposo por ningún lado. Intentó hacer callar a la niña dándole unas palmaditas en la espalda que resultaron inútiles, pero lo logró, finalmente, cuando se dispuso a amamantarla. El ruido ensordecedor de los llantos del bebé dio paso a un silencio casi absoluto, únicamente ambientado con el agradable sonido del crepitar de la leña que ardía en la chimenea.

Se acercó a la mesa y descubrió que había algunas líneas escritas en la hoja de papel, con la inconfundible letra de su esposo. La gran cantidad de manchas de tinta que había por toda la mesa le hicieron sospechar que ese mensaje no era lo único que había estado escribiendo. Se recostó en uno de los sillones, cuyo tapiz horizontal todavía mantenía la forma del trasero de Grof, para leer esa nota con detenimiento, pero, poco a poco, se fue incorporando debido a su gravedad.

Querida:

Espero que no me odies por esto. Amarte es lo mejor que me ha pasado en la vida y te estoy muy agradecido de que me hayas intentado convertir en el padre de un hijo. Encontrad a alguien que os cuide y sed felices.

Grof

«Me ha abandonado», pensó, al terminar de leer el manuscrito. «¿Será esto una nota de suicidio?», se preguntó. Ella sabía que engendrar un varón era una obsesión para su esposo y sus dudas eran más que razonables. Se puso un mantón de color claro por encima de los hombros y salió a la calle en busca de ayuda. Ya no llovía, pero el suelo de las pasarelas todavía estaba mojado.

—¡SOCORRO! ¡SOCORRO! —gritó muy agobiada.

Era demasiado temprano y no había apenas gente que transitase por las calles, pero, por suerte para ella, un joven heraldo, montado a caballo, la oyó y se acercó.

—¿Qué le ocurre, señora? —preguntó, con amabilidad.

—¡Ayúdeme! Debo encontrar a mi esposo antes de que haga alguna estupidez —respondió, con desesperación.

El joven no sabía cómo tranquilizarla ni dónde encontrar al esposo y se vio algo desbordado por la situación; habría preferido no interesarse por ella. No obstante, tuvo la fortuna de avistar, a lo lejos, lo que le pareció una carroza pública que se circulaba con rapidez. Cuando la carroza se fue acercando a ellos, el heraldo distinguió, perfectamente, el emblema de Velenhof en lo alto de su parte frontal: una bandera violeta con un escudo arlequinado de colores blanco y negro. Su sospecha quedaba confirmada: eran custodios.

Los custodios —junto a los guardabosques, que se encargaban de las afueras— protegían a la población de Velenhof de posibles amenazas y establecían el orden en la ciudad, dirigidos por el alcaide de la prisión. La figura de este no era soberana, de hecho, se trataba de un custodio más que había sido elegido por ellos mismos para que llevase las riendas; creían necesaria esa figura por una simple cuestión de organización, pero renegaban de una forma de gobierno jerarquizada hasta el punto de que una persona adquiriese todos los poderes y estuviese por encima del resto, como era el caso de otras comunidades y civilizaciones.

El cochero se detuvo frente a la mujer que tenía un bebé entre sus brazos y Maximino y Regino —dos custodios— se apearon de su carroza. Maximino era alto, robusto, de piel morena, ojos marrones, barba recortada y de actitud servicial; Regino, en cambio, tenía cara de pocos amigos, era algo más bajo y delgado que su compañero, de piel más blanca, ojos verdes y cara lampiña. Ambos vestían el uniforme de los custodios: un morrión de acero, que no permitía verles el cabello; una gonela corta, con mangas largas y de color violeta; un

peto protector, también de acero; calzas negras ceñidas; cinturón de piel con una pequeña funda para el arma —una espada, en el caso del primero, y un mazo metálico, en el de su compañero—, y botas altas.

—Saludos, señora. Me temo que le traigo malas noticias —dijo apurado, el primero.

—¿Qué le ha pasado a Grof? —preguntó afectada, dando por hecho que esas noticias estaban relacionadas con su esposo. El custodio hizo una pequeña pausa, pero no le quedaba más remedio que decírselo.

—Hemos encontrado el cuerpo sin vida de su esposo —aclaró, sin rodeos.

—Entonces, ¿ya está muerto? —preguntó, con los ojos vidriosos.

Ante esa pregunta irracional, Maximino optó por quedarse en silencio y esperar a que ella misma asimilase la noticia, pero su compañero rompió ese silencio para solicitar la colaboración de la viuda, que accedió, casi por obligación, a acompañarlos al lugar de los hechos para reconocer el cadáver de su esposo y responder a algunas preguntas. Temblando, llorosa y sin mediar palabra, Donora se subió a la carroza de cuatro plazas con su hija en mano y, pese al frío que se había instalado en su cuerpo, se despojó de su mantón para arroparla. Los custodios se acomodaron frente a ellas y el cochero emprendió la marcha. El joven heraldo pudo, entonces, continuar con sus tareas de mensajería.

Se hizo de día durante el trayecto. Pararon en un lugar muy cercano a la pequeña prisión, que contaba con apenas seis celdas y una recepción, donde el alcaide esperaba impaciente. El alcaide era una persona divertida, aunque de aspecto serio, con cabello muy poco poblado, ojos marrones y perilla. Vestía de forma muy similar a los custodios, pero con hombreras, y no solía llevar ni el arma ni el peto ni el morrión, el cual sustituía por un cómodo sombrero para ocultar su calvicie. Al advertir la llegada de sus compañeros, salió a hablar con Donora, que ya estaba fuera de la carroza y había conseguido dejar de llorar.

—Señora. —Se tocó el sombrero para saludarla—. Soy Clemente, alcaide de Velenhof. Le ruego entienda que la situación no es agradable para ninguno de nosotros, pero es de vital importancia que nos confirme si el cuerpo que hemos encontrado es el de su esposo —añadió, invitándola a acercarse a un costado de la pasarela en la que se encontraban para que se asomase y pudiese corroborarlo.

La mujer se asomó despacio a mirar el lodazal que tenían debajo, ayudada por Maximino, y no se podía creer lo que veían sus ojos: el cuerpo de su esposo colgaba de su cuello mediante una cuerda bien sujeta a la pasarela. Lloró de nuevo, desconsolada, mientras vociferaba el nombre de su esposo y, por primera vez, le entregó su hija a un completo extraño: ese custodio servicial, que no dudó en prestarse a cogerla entre sus brazos hasta que la madre se desahogase un poco.

Al ver la reacción que había tenido la mujer, Clemente supo que el cadáver era de Grof y que no hacía falta prolongar ese momento de dolor con alguna pregunta absurda. Sugirió a Donora que lo acompañase a la recepción de la prisión para tranquilizarla y aclarar algunas dudas sobre la muerte de su esposo. Aunque todavía era un *mar de lágrimas*, ella accedió: volvió a coger a su hija y acompañó al alcaide. Una vez dentro, él se sentó tras su mesa de trabajo, a la izquierda de la recepción, y ella, en una de las dos sillas pequeñas e incómodas de delante. Nunca había estado allí. Se fijó en que, en la pared interior, frente a la entrada y a la derecha de aquella mesa, había una puerta de barrotes de hierro negra que estaba cerrada. Esta daba acceso al pasillo en el que se encontraban las celdas, aunque ella no podía verlas desde su posición.

El alcaide estaba a solas con la viuda —todavía llorosa— y su pequeña e intentaba iniciar, con dificultades —por el estado de afectación de la mujer—, una conversación. Los dos custodios, por su parte, se habían quedado en el lugar de los hechos, retirando todas las evidencias de que alguien se hubiese quitado la vida allí. Clemente cogió un viejo botijo que tenía a sus espaldas y llenó con su agua dos vasos de madera.